



A Rafaela Bell Lambert, una santiaguera devenida cienfueguera, la conocí en el Centro de Especialidades Ambulatorias (CEA), hospital adscrito al “provincial”, una fría mañana de enero, cuando se disponía a entrar a la zona roja de la institución que funciona como centro para la atención a confirmados a la COVID-19. Trabaja allí como auxiliar de limpieza.

Su rostro la delata como una mujer “dura” y trabajadora, de tiempos difíciles, y que no le teme al riesgo del SARS-CoV-2: “Me cuido mucho y hago caso a lo que no debo hacer; me visto con todos los trapos, y aunque esa careta casi me ahoga, no me la quito ‘ni muerta’”, me cuenta, mientras se muestra intranquila, porque le queda mucho por limpiar y desinfectar, y la jornada recién comienza.

“Llego tempranito, porque como vengo desde el Castillo, pues madrugo”, cuenta, y se refiere al Castillo de Jagua, ubicado en la rivera del canal de entrada a la Bahía de Jagua, más específico, en el asentamiento conocido como La Loma, zona residencial de lo que antes fuera un campamento para constructores de la Central Electronuclear que una vez se pretendió erigir en la zona.

“Qué iba a pensar yo que pasaría por esto de una enfermedad tan mala; no la he tenido y me asusta un poco, no creas; trabajé durante la primera vez que el CEA estuvo complica’o, pero ahora la cosa es más dura. Están aquí los positivos, es más peligroso, y tengo que dejar todo limpiecito, que brille, para que ese bicho se vaya cuando vea que no tiene donde posarse.

“Tengo tres hijos y tres nietos, ellos siempre me dicen que me cuide, y yo les digo que sí, que

me cuido; tengo que trabajar, figúrate, para depender de mí misma y también para ayudar, que no se diga, hago mucha falta aquí. Tengo de todo para limpiar, hasta guantes, y ya me ves, este ropaje me lo dan limpiquito cada vez que llego al CEA.

“A mí me encanta zumbear el agua, y ver que todo brille, mira cómo están los pisos”, me dice y también muestra las paredes azulejadas del pasillo donde conversamos, “y eso que no he empeza’o. Ven más tarde para que veas, que te lo diga la gente de aquí; pregunta a ver si no es verdad”.

Vino desde Santiago de Cuba y se mudó con sus hijos hace unos diez años, encontró trabajo, y ahí está, casi sin notarlo, en primera línea contra la COVID-19, porque es tan necesaria como el más encumbrado de los especialistas que salvan vidas. Que sean muchos más los que como Fela, y desde una inmensa humildad, hacen culto al trabajo. Valiente mujer que vale la pena reconocer entre quienes acceden a la patana que surca el mar, o el “camello”, que la lleva de ida y vuelta a la vida, a su Loma.

